

**R**eivindicar lo rural implica reivindicar la agricultura; es decir, el cultivo y la cultura, la tierra que alimenta y la manera de entender la vida desde el contacto directo y fértil del ser humano con la naturaleza. Un encuentro que invita, a veces, a la “descansada vida” que glosó Fray Luis y, otras, a la resistencia del ser humano frente a un espacio hostil, como sugirió Unamuno, para hacerlo cómplice de su recíproca supervivencia.

Cultivo y cultura son, en cualquier caso, palabras de una misma raíz que tendemos a entender por separado y, aún peor, como antagónicas. Dos términos que en el medio rural se asocian de manera indisoluble, aunque casi siempre inadvertida. En estos tiempos en que los trabajadores del campo reclaman mejores precios para los productos agrícolas, temen recortes en los fondos europeos o la PAC y les agobia la despoblación..., la economía absorbe la reflexión y los problemas. Sin embargo, no bastan las ayudas o las inversiones. Los problemas no se

“*Cultivo y cultura son, en cualquier caso, palabras de una misma raíz que tendemos a entender por separado y, aún peor, como antagónicas.*”

resuelven solo con más carreteras, más fibra óptica, más centros de salud. Ni siquiera con planes coherentes adaptados al territorio y perspectivas de medio plazo o con un cambio de mentalidad que rehúya la mendicidad de las subvenciones. Menos aún con mero voluntarismo.

#### LÓGICA PERVERSA

Tampoco mejora la situación responsabilizando a otros de cuantos males y desgracias aquejan al mundo rural. Nuestra sociedad ha impuesto una lógica perversa. Ha privilegiado otros espacios y, sobre todo, otros modelos ajenos a la naturaleza, al cultivo y la cultura, hasta hacer que el mundo rural sea víctima y causa a la vez de su propio decaimiento, y convertirlo en un problema general, casi universal. El medio rural no resulta atractivo para sí mismo. Sus habitantes consumen los modelos que la ciudad impone, ya sea en sus propias fiestas o en los supermercados. Los jóvenes reconocen que les educaron para emigrar y alimentar sus expectativas fuera del lugar donde crecieron.

**LA VISIÓN DE...**

Texto: Jesús M. Santos / Fotografía: Piero Chiussi

## Honrar el cultivo y la cultura

“Si en todas partes los hombres son hijos de la tierra, en Las Hurdes la tierra es hija de los hombres”, explicó Unamuno. Esa comarca extremeña tiene un valor simbólico: desde hace muchos años se ha utilizado como metáfora del mundo rural español. Desde ese territorio surge esta reflexión, así como desde diversas iniciativas que se refieren en este artículo.



## JESÚS M. SANTOS

### Periodista y presidente de la Asociación Cultural AlmaHurdes

Urge un esfuerzo colectivo para prestigiar la agricultura. Una reivindicación vinculada a la relación entre el ser humano y la naturaleza que el mundo rural propicia y potencia, y al bagaje cultural que cada territorio acumula. Sergio del Molino acuñó el concepto *La España vacía* sobre datos sociológicos contundentes que sustentan un ensayo cultural desde el que se reivindica y prestigia el país despoblado. Cuando Paco Cerdá, autor de *Los últimos*, preguntó al abad de Silos sobre el deterioro de lo rural, el monje respondió que el mayor riesgo de los pueblos tal vez sea el de perder su alma: sus referencias, su esencia, su cultura.

*Jesús M. Santos empezó como redactor de El Adelanto (Salamanca) y director de Comunicación del Ayuntamiento de Salamanca. Ha sido jefe de Internacional de la Cadena SER y, sucesivamente, subdirector de Hora 25, de los informativos de Antena 3 y Telecinco y director de Asuntos de Presidencia en la Corporación RTVE (2007-2010). Es autor del libro Esperanza (Roca Editorial) y de los documentales Perú sabe: la cocina arma social y Las Hurdes, tierra con alma. En la actualidad preside la asociación cultural AlmaHurdes.*

#### LAS HURDES COMO EJEMPLO

Algunos años antes, en Las Hurdes se había planteado una reivindicación en forma de eslogan, *Las Hurdes tienen alma*, que poco después se transformó en un documental, *Las Hurdes, tierra con alma*, en alusión al *Tierra sin pan* que Luis Buñuel convirtió en alegato y símbolo contra el abandono de la España campesina.

Luego llegaron, entre otros, Emilio Gancedo y sus *Palabras mayores*, Alejandro López Anglada y *El tiempo derruido*, Virginia Mendoza y *Quién te cerrará los ojos*, Emilio Barco y *Donde viven los caracoles* o María Sánchez y su *Tierra de Mujeres...* Todos ellos, a la búsqueda de lo más profundo de la España despoblada. Relatos de personas que remiten a la intimidad de una memoria imprescindible. A ella apelan también una [exposición](#) y un [libro](#), *Las Hurdes: tierra de mujeres*, que recogen testimonios de mujeres de entre 70 y 100 años que vivieron en un espacio *sin pan, pero con alma*.

Todo esto forma parte de un proceso secular: desde el Lazarillo o Cervantes a Rosalía, desde Lope a Machado, Delibes, Llamazares, Landero, Atxaga, Cuerda, Armendáriz, Almodóvar, Bollaín, etc.

Los últimos Goya han premiado a tres películas relacionadas con el mundo rural: *O que arde*, de Oliver Laxe; *Intemperie*, de Benito Zambrano, sobre la novela de Jesús Carrasco, y *Buñuel en el laberinto de las tortugas*, de Salvador Simó, a partir del cómic de Fermín Solís. Prestigiar lo rural implica reivindicar la cultura agraria y conseguir que se vincule a la tierra y a los cultivos con el alma de quienes la cuidan y los producen, e incluso con cuantos la reconocen y los disfrutan. Desde esa perspectiva la cultura añade valor, también económico, a la actividad agraria. ■